

Sarmiento, el caudillismo y la escritura histórica

1. Direcciones, objetivos

El Estado nacional debía escribir una historia que señalara claramente las prefiguraciones de sí mismo, o lo que habían sido las tentativas para abrirse paso de una centralidad en puja con los poderes de la dispersión; debía simultáneamente descubrir en el ayer los paradigmas de las prácticas, la robustez de los valores y la ejemplaridad de los modelos que insinuaban el Estado y que ahora devendrían imágenes de un pasado constituido en lección prestigiadora.

La historia en proceso de escritura, construyendo con celo riguroso los valores señeros, las figuras veneradas y las acciones eminentes, realizaría su clasificación oponiendo frontalmente lo que asumía como propio a lo que sería presentado como su opuesto ominoso. En el futuro —y si posible en el más inmediato— esa construcción debía constituir un componente esencial del imaginario que aceptarían los grupos sociales dominantes, los sectores medios y algún día no lejano el pueblo entero.

La historia escrita indicaría con la prepotencia de los adjetivos los objetos de la veneración y del repudio; marcaría aquello que los argentinos deberían eventualmente imitar e irremediamente aborrecer, sacralizando aquí y, ¿por qué no?, incinerando pedazos de esa historia en el fuego de una memoria que no sería neutral sino apenas justiciera.

La historia construiría los espacios ideales de una común veneración y de un repudio sin discordancias; en esa espacialidad imaginaria las diferencias —todas ellas— quedarían secundarizadas, los intereses y visiones particulares, subordinados. La patria sería el lugar de todas las lealtades, el altar de las coincidencias. Los argentinos prestarían fidelidad a una legalidad algo más que jurídica que por incontrovertible se equivaldría a la propia condición de argentino; una legalidad que si fuera traspuesta o violada descargaría sobre el pecador las furias de la exclusión. La escritura de la historia sería un constructor fundamental de la patria.

La palabra de los textos que se querían capitales libraría una lucha por devenir LA PALABRA. Para apoderarse de las conciencias y obtener de ellas los efectos deseados debía canonizarse. Por eso la escritura de la historia sería escoltada por actos materiales de ensalzamiento y denigración repetidos en las aulas, insistidos en la plaza pública,

repicados en el acto cívico hasta configurarse en rituales que no por laicos dejarían de ser asperjados por la religión y acogidos en los templos.¹

Dentro del campo discernido como propio la escritura de la historia nombrará las jerarquías. Las habrá primerísimas y las habrá primeras; vendrán las segundas, luego la tropa anónima y claro, los olvidados. Personas y acaeceres encarnarán todo eso; detrás de los nombres propios aun será posible percibir una entidad informe, un personaje genérico, una comparsa silenciosa: los soldados de la patria, el tambor de Tacuarí, el Falucho de color africano.

Siendo el poder que se constituya una suerte de conjunción política de heterogéneos sociales, económicos y culturales, oriundos de provincias y regiones diferentes, con pasados irrenunciables porque asimilados a la identidad del grupo, no se podrán ignorar los valores regionales. Pero siempre como subordinados a los que se querrá supremos. Lo nacional deberá constituirse como la macroidentidad que sin abolir necesariamente las microidentidades tendrá el poder de secundarizarlas, subyugarlas a una primacía incontestable. La escritura de la historia será una pieza maestra de esa constitución.

2. El influjo de Europa

Escoger un pensamiento y una visión de mundo no es faena que se haga con una suerte de virginidad de espíritu; la elección se sitúa —si es lícito hablar de una elección

¹ La siguiente breve cronología podrá ser útil al lector:

- 1854 - *Fundación del Instituto Histórico Geográfico.*
- 1857 - *Biografía de Belgrano, de Bartolomé Mitre. Primera edición.*
Repatriación de los restos de Rivadavia.
- 1858 - *Historia de Belgrano, de Mitre. Segunda edición notablemente ampliada, en dos volúmenes.*
- 1861 - *Historia argentina, de Luis Domínguez.*
- 1863 - *Revista de Buenos Aires (Miguel Navarro Viola, Vicente G. Quesada).*
- 1864 - *Polémica Mitre-Vélez Sársfield.*
- 1869 - *Revista del Archivo General de Buenos Aires (Manuel Ricardo Trelles).*
- 1871 - *Revista del Río de la Plata (Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas).*
- 1876 - *Historia de Belgrano y de la independencia argentina, de Mitre. Tercera edición, ampliada, de la obra iniciada en 1857.*
- 1877 - *Inauguración de la estatua de Mariano Moreno en plaza Lorea.*
- 1878 - *Celebraciones en torno a la repatriación de los restos de San Martín.*
- 1879 - *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Manuel Ricardo Trelles).*
- 1880 - *Revista Argentina (José Manuel Estrada).*
Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta 1879, de Antonio Zinny.
Celebraciones del centenario del nacimiento de Rivadavia.
Inhumación de los restos de San Martín.
- 1881 - *Polémica Bartolomé Mitre-Vicente Fidel López.*
Historia de Rosas, de Adolfo Saldías (se prolonga su publicación hasta 1887).
- 1883 - *Historia de la República Argentina, de Vicente Fidel López.*
- 1886 - *Revista Nacional (Adolfo P. Carranza).*
Lecciones de historia argentina, de Clemente Fregeiro.
- 1887 - *Historia de San Martín, de Bartolomé Mitre.*
Cuarta y definitiva edición de la Historia de Belgrano, de Mitre.
- 1888 - *Historia Argentina, de Mariano Pelliza.*
Revista del pasado argentino (Manuel Ricardo Trelles).
- 1892 - *Historia de la Confederación Argentina, de Adolfo Saldías (segunda edición de la Historia de Rosas).*
- 1896 - *Revista La Biblioteca (Paul Groussac).*
- 1901 - *Fundación de la Junta de Historia y Numismática Americana.*

como acto de libertad— dentro de un campo de opciones que limitan y recorren condiciones sociales y las ofertas culturales que en su interior circulan. Toda elección supone determinaciones de las que no necesariamente el sujeto tiene conciencia, y determinaciones son aquí matrices de pensamiento y pensamiento matizado. Las preocupaciones, y puede que pesadillas, engendradas por los problemas locales pero acaso no menos por ciertas tempestades ultramarinas, no dejarán de estar presentes en los textos aunque no obligadamente explicitadas. Y aquello que podía revelar será fatalmente razonado con las armas de una razón que había elaborado Europa y ella proveía, o si se quiere con los juicios de valor que no nos dicen lo que son los acaeceres y las personas, sino lo que valen en relación al sistema valorativo de quien está viviendo la realidad con la piel de su cuerpo entero y juzgándola en acto simultáneo. En el discurso de la historia escrita es posible reconocer una matriz, y una tentativa de reconocimiento es lo que venimos haciendo. Pero no es en la matriz donde encontramos el tono singular, el color distintivo, sino en la actualidad reciente y más significativa para el sujeto que escribe, en el mapa del futuro que ha diseñado su cerebro, en las ilusiones de su espíritu.

Supongo que es tarea imposible reconstruir en detalle minucioso el periplo intelectual de un pensador, calibrar la multiplicidad de influencias que lo impresionan y el peso de cada una en su escritura y en su accionar. Pensemos en el 48 europeo; pensemos en los sucesos parisinos. ¿Es un desatino suponer que debió entrar hondamente en las reflexiones, en las demoradas charlas de quienes aun expatriados soñaban con algo que hoy podríamos llamar un modelo de país? Tenemos algunos testimonios, menos de los que hubiéramos querido, pero en todo caso testimonios significativos.

En mayo de 1851 Félix Frías escribe en París —donde vive hace varios años— un artículo titulado «Los rojos en la América del Sud»; es un trabajo que por momentos se vale de un lenguaje apocalíptico: «¡Caiga la maldición de todos los americanos, que no han prostituido su razón ni su conciencia, sobre estos impuros demagogos, caiga sobre ellos la cólera del cielo!»² Frías alude a un gobierno (lo llama de socialistas) instalado en Nueva Granada (Colombia), que ha levantado la bandera roja, «símbolo de tiranía y de barbarie». Teme «... el socialismo, predicado por ambiciosos demagogos a las clases infortunadas, con el fin de desmoralizar la miseria y lanzarla armada al ataque de la sociedad moderna...»; condena a los «... explotadores de las revueltas, sin luces en la mente, sin probidad en el corazón, osados profanadores del dogma liberal y cristiano...»³ Anticipa que «... el día que las ideas rojas penetraran en las creencias de nuestras masas, sería el día de la reconquista de la América del Sud por los indios antes vencidos».⁴

El «tirano» granadino que desvela a Frías es un general López que sustenta «... la soberanía del número, el predominio de las masas».⁵ Ese militar y sus seguidores («... jó-

² Félix Frías, «Los rojos en la América del Sud», París, 6 de mayo de 1851, en *Escritos y Discursos*, tomo I, Casavalle editor, Buenos Aires, 1884, p. 122.

³ Félix Frías, obra citada, p. 122.

⁴ Félix Frías, obra citada, p. 123.

⁵ Félix Frías, obra citada, p. 124.